Relatos de la "Sīrat al-thāhir Baïbars"

VI – Muerte en el hamam

18 – Las nupcias de Baïbars

Edición y traducción para www.archivodelafrontera.com

esmeralda.deluis@hotmail.com

Colección: Clásicos Mínimos
Fecha de Publicación: 2020
Número de páginas: 9
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com

Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

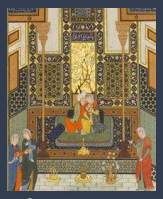
El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

www.cedcs.org
info@cedcs.eu

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

18 – Las nupcias de Baïbars

De vuelta a Persia, su tierra de origen, Baïbars encuentra a unos supuestos aliados que le sacarán de apuros, pero…"no es oro todo lo que parece".



Con mejores ánimos, gracias a las baladronadas de su compañero, Baïbars decidió llevar a cabo su plan: hizo desmontar el campamento y, abandonando la cuenca de El-Omq, se dirigieron hacia Persia. Franqueando estepas y desiertos, llanuras y desfiladeros, caminaron así un día, luego dos, después tres; pero al tercer día, sus reservas de agua y víveres se habían agotado, y para más desgracia, una montaña les bloqueaba el camino. Hicieron alto junto a aquel obstáculo, montaron las tiendas y clavaron sus estandartes, sumidos en las aprensiones más pesimistas. Pero Otmân empuñó su garrote y se puso a golpear a la montaña gritándola a voz en cuello como el que vocea a un sordo:

- ¡Puta montaña e mierda! ¡Asín la viruela se papee la pelleja el maricón el Nébak[1] que t'ha puesto ahí!

Baïbars, al verle así, no pudo dejar de reírse, a pesar de la tristeza y la inquietud que le invadían.

- Dime, Otmân –le dijo–, ¿y si ahora mismo te subieras allá a lo alto, y vieras si hay una aldea en los alrededores, en donde pudiéramos encontrar víveres y forraje?

Y, dicho y hecho, Otmân cogió su garrote y se puso en marcha: escaló la montaña, y luego descendió hasta el valle que se encontraba en el lado opuesto. Entonces, divisó un gran pabellón sostenido por veinticuatro mástiles dorados, y a su alrededor, más de sesenta tiendas, que albergaban a un millar de *tomars*[2] persas. Estos habían colgado los calderos sobre el fuego, y estaban a punto de tomar la cena. Con la boca hecha agua, Otmân se acercó para verlos mejor; los otros se dieron cuenta de su presencia y le dirigieron la palabra en su lengua, pero Otmân, que no hablaba ni una palabra de persa, no entendía nada. Entonces, le condujeron al pabellón en que se encontraba su *shah*; éste hizo venir al trujamán y, por su intermediación, preguntó a Otmân que cómo se llamaba y de dónde venía.

- Anda y que te den, gilipollas, ¿no tiés n'idea e quién es el menda? ¿entavía no m'has reconocío? ¡pos que la peste t'apiole! Yo; ¡yo soy la Flor e los Truhanes d'El Cairo, Otmân, el hijo la Gorda! El mesmo que tié una casa n'El-Marâgha, al lao la Gran Tumba, con to un portón d'entrá, y un esclavo negro que se llama Farag…

---

[1] "Aïbak" en el argot de Otmân, que cambia a voluntad los nombres propios y los deforma a su gusto.
[2] En persa "oficiales". Aquí, este término designa a los soldados persas en general (como "patricio" para los soldados francos).

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

- ¿Y cómo se llama tu señor? –le interrumpió el trujamán, poco interesado en esos detalles autobiográficos.

- ¡Pos vamos apañaos!, entonces ¡es que tú no sabes ná de ná! Mi señor, es el rubiales de mejillas rosás, ¡es el mesmo que pué hacer salir un hombre po l'agujero el culo[1]. Se llama Nénars, y es un presilla[2] como tú, cabezón!

- ¿Y quién es ese Baïbars y de dónde viene? –prosiguió el trujamán.

- Pos, era el mamaluco el viejo patrón Sâleh, mi compadre, y viene d'el Cairo. ¡Joer con estos paletos, es que no saben ná de ná!

El trujamán se volvió entonces hacia el *shah*, al que repitió todo lo que Otmân acababa de decirle. Ante estas palabras, el *shah* manifestó una gran alegría.

- *Hayy sayyidi*[3], ¿y dónde está tu señor en estos momentos? –le preguntó a Otmân– Sin duda, no lejos de aquí.

- Ah, eso sí, no'stá mu lejos, justo al otro lao e la montaña. ¡Y qué quiés que te diga, n'este momento no tié ná que llevarse a la boca, ni él, ni sus chavales!

- Me parece que ese hombre es justo el que buscábamos –retomó el shah dirigiéndose a sus compañeros–. ¡Vamos, en pie! Tenemos que partir inmediatamente para reunirnos con él y asegurarnos de que se trata del mismo hombre; si realmente es él, le saludaremos, le contaremos lo que nos ha pasado con ese canalla del jan Halawûn, y nos pondremos a sus órdenes.

- Pero es que la comida está ya casi hecha, oh shah –protestaron los otros–. Primero comamos, y luego vamos a su encuentro.

- ¡Ni hablar! Por el honor del Islam, no habrá cena hasta reunirnos con él.

El *shah* dio la orden de desmontar las tiendas, cargar el equipaje y la comida, y ponerse en marcha. En cuanto al osta Otmân, se fue antes, con el corazón alegre, para avisar a Baïbars:

- ¡Ey, soldaillo, mira to lo que te traigo pa papear! ¡Po lo menos hay pa dos mil *chembels*[4]!

- ¿Pero dónde has encontrado todo eso? –se extrañó Baïbars.

- ¡Pos viene con una banda presillas tal cual tú mesmo! Venga, ven rápido, pa que les veas llegar. ¡Ah, p'allí, esas panzas que se menean!

---

[1] Otmân se refiere de esa manera a la costumbre que tiene Baïbars de despellejar vivos a algunos malhechores. (Ver *La cabalgada de los Hijos de Ismail*).
[2] En el argot de Otmân: "persa".
[3] Al igual que para los otros grupos de personajes del "Baïbars", el habla de los persas se distingue por el uso de ciertos giros típicos.
[4] Medida de capacidad para cereales, equivalente a algo menos de un hectólitro.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Intrigado, Baïbars se levantó rápidamente y salió de su pabellón para ver con sus propios ojos las buenas noticias, y en ese momento estaba llegando el shah al campamento. Baïbars avanzó a su encuentro, le abrazó, dándole la bienvenida y le hizo entrar en su tienda. Poco después, llegaron los hombres del *shah* con las preciosas marmitas: por fin todos pudieron comer hasta saciarse. Cuando hubieron terminado, Baïbars le preguntó al shah, por su nombre, qué quería, de dónde venía y adónde iba.

- Iba en tu busca, emir Baïbars. Has de saber que yo soy de Rayy[1], y mi nombre es Bérké Jan, hijo del *jan* Siwâr, y tío paterno del *jan* Halawûn. Pero, hete aquí, que yo tengo una hija, llamada Tâj Bajt, con una belleza y una gracia sin igual, y Halawûn tiene dos hijos: Abra y Saysaba. Él me pidió la mano de mi hija para Abra, lo que provocó la cólera de Saysaba, y estalló una violenta disputa entre ambos hermanos, que estuvieron a punto de matarse. Furioso e inquieto por la vida de sus hijos, el jan Halawûn me envió un mensaje a Rayy, en el que me decía:

> *A causa de tu hija, ha estallado una auténtica guerra entre mis dos hijos, que se han herido el uno al otro. Con que te vas a coger a la doncella y a largarte de mis tierras, si no quieres que haga que te corten la cabeza.*

- Exasperado por este acto de vil tiranía, entonces juré que solo entregaría a mi hija al peor enemigo del *jan* Halawûn; con que pregunté a mis consejeros que me dijeron así: 'No hay peor enemigo para el *jan* Halawûn que el emir Baïbars, hijo del *jan* Jamak: es un musulmán que vive en El Cairo, junto al *qan-e Arab*[2], del que es el *sirdar askar*'. Así que, acompañado de mi hija y de mis hombres, abandoné Rayy, después de convertirnos todos al Islam; tomamos la dirección de Egipto para ponernos bajo tu protección. Entonces, por una auténtica casualidad, te encontramos en este lugar. Y esa es toda nuestra historia.

El narrador prosiguió su relato de este modo…

Contento por este feliz encuentro, Baïbars se creyó de buena fe la historia de Bérké Jan: lo que él ignoraba es que se trataba de un montón de mentiras y falsedades, y que este hombre era más tramposo que el propio Satanás en persona[3]. Pero, fuera como fuera, y habiendo salido a flote, gracias al dinero de los persas, Baïbars tomó el camino de Alepo. Cuando llegó a la ciudad, lo primero que hizo fue ir a ver a El-Muzaffar, al que le contó todo lo que le había pasado.

- Y ahora, dime cuánto te debo, para que te lo reembolse, y que Dios pueda aumentar tus bienes y concederte larga vida –concluyó Baïbars.

---

[1]Antigua ciudad del Irán central, al noreste de Teherán. Principal centro urbano de la región, fue arrasada por los mongoles en 1220 (Ver la *Presentación* de *La traición de los emires*).
[2] En turco-persa: "rey de los árabes". Los persas daban ese nombre al sultán de Egipto.
[3] El personaje de Bérké Jan es histórico (¿-1266), nieto de Gengis Jan, fue, desde 1257 hasta su muerte, jan de la Horda de Oro, cuyo territorio se extendía por aquel entonces, desde el sur de Rusia, hasta el mar de Aral. Convertido al Islam, entró en conflicto con su primo Hülegü (el jan Halawûn de nuestro relato); estas dos razones, llevaron a Baïbars a buscar su alianza, que fue sellada, como era frecuente en esa época, mediante un matrimonio.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

- Pero ¿de qué me hablas, hijo mío? –le respondió El-Muzaffar muy extrañado–. ¡Que yo sepa, tú nunca me has pedido dinero prestado!

- Claro que sí; ¡las tres veces que le diste dinero a Otmân yo estaba en El-Omq!

- ¡Te aseguro que por entonces jamás vi a Otmân, ni le di dinero!

Baïbars hizo llamar a Otmân y le preguntó:

- Dime, *osta* Otmân, ¿Cuándo te envié aquí desde El-Omq, de dónde cogiste las provisiones y el forraje?

- Pos, vendí mi cinturión, el de los pedrolos brillantes, en tres tandas, y con la pasta, compré to lo qu'hacía falta.

Y le explicó que no había querido pedir prestado el dinero a El-Muzaffar.

- No tendrías que haber hecho eso, Otmân –protestó Baïbars, conmovido ante ese gesto.

- ¡Güeno, pos a lo hecho, pecho; yo lo he vendío y vale! ¡De tos modos, yo lo guardaba, como'l agua pa cuando tiés sed, asín que justo ese era el momento!

- De acuerdo, dime a quién se lo has vendido, y yo se lo volveré a comprar con un buen beneficio para él.

- Fue'l sheij de los joyeros el que s'encargó e la venta.

Otmân se fue a buscar al sheij de los joyeros y lo trajo hasta donde estaba Baïbars, que le preguntó quién había comprado el famoso cinturón. El sheij le dio el nombre del mercader; Baïbars hizo que le avisaran, y cuando estuvo en su presencia, lo primero que hizo fue tranquilizarle.

- Sobre todo, no vayas a creer que Otmân haya robado las piedras preciosas y el cinturón que te ha vendido: todo ello le pertenecía. No obstante, si aún se encuentran en tu posesión, yo desearía volverlas a comprar, y, por supuesto que por el precio que me pidas.

- Sí, aún las tengo –respondió el mercader.

Entonces, se fue a buscar el cinturón y las piedras preciosas y se lo entregó todo a Baïbars.

- Considero que yo he recibido su precio totalmente[1] –declaró.

- ¡No, padre mío, eso no puede ser! –protestó Baïbars.

[1] Es una forma cortés de ofrecer el objeto en cuestión.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Entonces, Baïbars hizo que le entregaran el dinero que había desembolsado cuando las adquirió, mas dos mil monedas de oro como compensación; luego, tras agradecerle su generosidad, se despidió de él con la mayor cortesía. Hecho esto, se volvió hacia el joyero.

- ¿Eres capaz de volver a montar las gemas en este cinturón, tal y como estaban antes? –le preguntó.

- ¡Por supuesto, mi emir, incluso te diría que veinte veces mejor, pues como todo el mundo sabe, los joyeros de Alepo hacen un trabajo mucho más fino que los de El Cairo[1]!

El joyero se fue a su taller, llevándose todo el material; dos días después, estaba de vuelta. Baïbars cogió el cinturón y lo examinó atentamente: estaba mucho mejor confeccionado que el antiguo. Entonces se lo entregó a Otmân, y pagó cincuenta monedas de oro al joyero por su trabajo, que se retiró deshaciéndose en agradecimientos.

Días después, Baïbars organizó un banquete, al que invitó a los grandes dignatarios y notables de Alepo, así como a los narradores de cuentos públicos. Y en ese momento fue cuando firmó su contrato de matrimonio con la princesa Tâj Bajt, hija de Bérké Jan. La futura esposa, estaba representada por su padre, y El-Muzaffar, hacía lo propio para con el joven esposo. Al final de la ceremonia, se sirvió un espléndido banquete, con sorbetes dignos de reyes. Un poco más tarde, Baïbars dijo a su suegro Bérké Jan:

- Yo no celebraré mis nupcias con la princesa hasta hacerlo en Damasco.

- Como tú desees, hijo mío –consintió Bérké Jan–. Yo te obedeceré en todo lo que ordenes. No obstante, desearía que tú te adelantaras con tu esposa, porque yo tengo aún algunos asuntos que arreglar aquí, y me reuniré con vosotros en Damasco, en unos diez días.

Así que a la mañana siguiente, Baïbars instaló a la princesa en un palanquín y abandonó Alepo, seguido de sus tropas; antes de tomar el camino a Damasco, recomendó a El-Muzaffar que cuidara bien de Bérké Jan. También se llevó consigo novecientos jinetes del ejército de su suegro, quedándose este último con solo una escolta de cien soldados.

Recorriendo estepas y desiertos, llanuras y desfiladeros, pronto llegaron a su destino. Baïbars levantó su campamento fuera de la ciudad, y envió un mensaje a Sharaf El-Dîn Issa El-Nâsser:

---

[1] El narrador, como se puede suponer, es de Alepo… No obstante, hay que reconocer que los joyeros de Alepo tienen una gran reputación en todo el Mundo Árabe.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

"Tengo la intención de quedarme en Damasco; mi ejército acampará delante de la ciudad, y yo seré el único que habitará dentro. Si estás de acuerdo con esto, tanto mejor, y si no, yo entraré de todos modos, y tomaré la ciudad a punta de espada".

El viejo hipócrita se apresuró a enviarle un mensaje de bienvenida, y salió para recibir a Baïbars.

- Por Dios –exclamó–, ¡sabes que te quiero más que a mi propio hijo! Es tal el afecto que te profeso, que me gustaría que estuvieras siempre a mi lado. ¡Ah, que Dios confunda a los canallas que han sembrado la discordia entre nosotros!

Acompañado por Sharaf El-Dîn, Baïbars hizo su entrada solemne en la ciudad, entre los vítores de la gente.

Alojó a la princesa Tâj Bajt en el palacio de su madre adoptiva, Dama Fâtmeh hija de El-Aqwâssi, confiándosela a sus buenos cuidados. Ésta, la instaló en los aposentos de las mujeres, mientras que Baïbars se quedaba en el cuerpo exterior del edificio, y dejó de frecuentar el harén[1]. Porque, desde luego, Baïbars había decidido no celebrar sus nupcias hasta que Bérké Jan no hubiera llegado de Alepo.

Mas, hete aquí que estaban en invierno, y que ese año fue particularmente riguroso. Los soldados de Baïbars, que acampaban extramuros de Damasco, resistían lo mejor que podían al frío, a la nieve y a la lluvia. Un buen día en que Baïbars estaba en su salón, rodeado de sus amigos y compañeros, vio de pronto entrar a un servidor, que le dijo:

- Mi señor, a la puerta hay un campesino que desea verte.

- Hazle entrar, y veremos lo que quiere –respondió Baïbars.

Poco después, el campesino se hallaba ante él. Cuando le preguntaron que de dónde venía; dijo que de Hassiyyeh, y que traía una carta. Baïbars la cogió, rompió el sello y leyó el mensaje, que procedía del gobernador de Hassiyyeh[2].

"Has de saber, emir nuestro –le escribía–, que tu suegro el shah Bérké Jan ha pasado por nuestro pueblo, con una escolta de cien caballeros. Nosotros le hemos ofrecido una comida y acogido lo mejor posible. Cuando se puso el sol, manifestó su intención de partir y seguir su camino; a pesar de la nieve, que se había puesto a caer en abundancia. Nos esforzamos en disuadirle, indicándole que podría correr graves peligros, él y su escolta, y le propusimos que se quedara a pasar la noche con nosotros. Sin embargo, no quiso hacer caso a nuestras buenas razones, y volvió a tomar su camino, hasta el desfiladero de El-Zanâya, en donde hizo un alto, ante la proximidad de la noche, en la Cúpula de los Pájaros. Pero, justo esa noche se levantó una violenta tempestad de nieve, que los sepultó y no dejando a uno solo con vida. Hasta ahora, se encuentran en el mismo lugar, bajo una montaña de nieve. Pues, nos ha

[1] Como hijo de la casa, evidentemente Baïbars tiene derecho, en condiciones normales, a frecuentar los aposentos de las mujeres.
[2] Ciudad de la meseta de Homs, en el centro de Siria.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

parecido preferible avisarte antes de nada, con objeto de que puedas constatar con tus propios ojos la realidad de los hechos y tomes posesión de los bienes que se hallen con ellos. Saludos.

Estupefacto ante este fenómeno, en verdad muy poco común[1], Baïbars entregó veinte monedas de oro al campesino que había traído el mensaje, por las molestias que se había tomado, y porque, en realidad era un pobre hombre bien necesitado de tal ayuda. Luego, reunió a una veintena de caballeros, se presentó en Hassiyyeh, sacó el cuerpo de Bérké Jan y de sus compañeros de entre la nieve, y los enterró allí mismo, después de recoger sus armas y el dinero que llevaban encima; luego, regresó a Damasco.

Cuando llegó a la ciudad, se fue a ver a la princesa Tâj Bajt y le anunció el deceso de su padre y de todos sus compañeros, añadiendo que él mismo se había ocupado de enterrarlos en El-Zanâya. A pesar del consuelo que le prodigó, la princesa lloró durante mucho tiempo, lamentándose de su orfandad.

- No te aflijas, dama –le dijo Baïbars–: yo te voy a tratar con más ternura y miramientos que los que te hubiera dado tu propio padre.

- Por desgracia –dijo la princesa–, pronto serás rey de Egipto, de Siria y de todas las tierras del Islam, y entonces, tomarás todas las esposas y concubinas que quieras, y me abandonarás, ya no me atenderás a mí; ¡a mí, una extranjera que no tiene aquí a nadie que la defienda!

- ¡Si es eso lo que temes, pues bien! Te doy mi solemne palabra, por el Nombre Supremo que no debe ser pronunciado, y pongo a Dios por testigo de este juramento, que después de ti, no tendré ni segunda esposa, ni concubina, sea núbil o mujer, esclava o libre, e incluso que nunca más en mi vida tendré un jumento por montura, y todo ello por consideración hacia ti.

- Pues en ese caso –continuó la princesa–, ahora te voy a contar la verdadera razón de nuestra venida aquí. Has de saber que se trataba de una conspiración urdida contra ti por el jan Halawûn, para vengarse de las humillaciones que tú le habías hecho sufrir. Fue él el que envió a mi padre, Bérké Jan que, dicho sea de paso, era su tío materno y no paterno, como te había dicho; además, debes saber que no era musulmán, sin pagano y adorador del fuego. En cuanto a mí, pues yo debía envenenarte la noche de nuestras nupcias: mi padre me había dado un vial conteniendo un veneno letal, que yo tenía que mezclar con tu comida. Pero, desde este momento, yo me hago musulmana, y creo en Dios, el Altísimo, y en Su profeta, ¡que la oración y la paz sean sobre él!

Y la princesa pronunció la profesión de fe, y luego le entregó el vial con el veneno, que había escondido entre su cabello. El emir Baïbars se retiró, convencido de

[1] Aunque no desconocido: las crónicas nos hablan de numerosos inviernos extremadamente rigurosos, acompañados de abundantes y tenaces nevadas, sobre todo en la meseta del centro de Siria.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

la sinceridad de su conversión y de su arrepentimiento, y regresó a sus habitaciones, en donde convocó a los persas que habían venido con Bérké Jan, exhortándoles a que se convirtieran al Islam, prometiéndoles grandes recompensas. Pero, ante su obstinado rechazo, los echó de su casa y les ordenó que volvieran a su país.

- Debería condenaros a muerte –les dijo–, pero al fin y al cabo, vosotros en realidad no sois culpables, ni habéis cometido ningún delito contra mi persona.

Hecho esto, el emir Baïbars organizó un gran banquete para celebrar su boda, al final del cual, se retiró a los aposentos de la princesa Tâj Bajt y se unió a ella, embriagándose de su belleza y encantos. Esa misma noche, la princesa concibió un hijo que, bajo el nombre de Mohammad El-Sa'îd, estaría llamado a jugar un importante papel en la continuación de este relato. Tras estos acontecimientos, Baïbars fijó su residencia en Damasco, en donde pasó días felices, prósperos y sin preocupaciones.

**** **** **** **** ****

Próximo relato de "Muerte en el hamam"

VI.19 - "Cuando uno se encuentra con un viejo conocido"

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6